

TRACY WOLFF

ANHELO

(Serie Crave 1)

Traducción de Vicky Charques

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Crave*

© 2020, Tracy Wolff

Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Crave*: Crave series #1.
Publicado por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de Rights-Mix LLC. Todos los derechos reservados.

© 2020, Traducción: Vicky Charques (Traducciones Imposibles, S.L.)

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23299-5

Primera edición en formato epub en México: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-7175-0

Primera edición impresa en México: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-7227-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

0

SI NO VIVES AL LÍMITE, ESTÁS OCUPANDO DEMASIADO ESPACIO

Estoy en la puerta que da a la pista de despegue mirando la avioneta en la que estoy a punto de subirme y esforzándome al máximo por no morir del miedo. Es más fácil decirlo que hacerlo.

Y no sólo porque esté a punto de dejar atrás todo lo que conozco. Ésa era mi principal preocupación hasta hace un par de minutos. Pero ahora, mientras observo esa chatarra que no sé si merece el honor de llamarse «avioneta», un nuevo nivel de pánico se apodera de mí.

—Bueno, Grace. —El hombre que mi tío Finn ha enviado a recogerme me mira con una sonrisa paciente. Creo que ha dicho que se llamaba Philip, pero no estoy segura. Casi no puedo oírlo; los frenéticos latidos de mi corazón me lo impiden—. ¿Lista para una aventura?

No. No. No estoy lista en absoluto. Ni para una aventura, ni para nada de lo que está a punto de sucederme.

Si me hubieses dicho hace un mes que acabaría en un aeropuerto de Fairbanks, en Alaska, te habría contestado que estabas mal informado. Y si me hubieses dicho que el motivo que me llevaría a Fairbanks sería subir a la carcacha voladora más minúscula del planeta hasta el mismísimo fin del mundo (o, en este caso, un lugar a los pies del Denali, la montaña más alta de Norteamérica), te habría preguntado que qué te habías fumado.

Pero en treinta días pueden cambiar muchas cosas; puedes perder muchas cosas.

De hecho, con lo único que he podido contar en las últimas semanas es con la certeza de que, por muy mal que vaya todo, siempre puede empeorar...

1

ATERRIZAR NO ES MÁS QUE LANZARTE AL SUELO CON LA ESPERANZA DE NO FALLAR

—Ahí está —dice Philip cuando dejamos atrás los picos de varias montañas, y levanta una mano de la columna de dirección para señalar un pequeño grupo de edificaciones en la distancia—: Healy, Alaska. Hogar, dulce hogar.

—¡Vaya! Parece...

Minúsculo. Tremendamente minúsculo. Mucho más pequeño que mi barrio en San Diego y, desde luego, infinitamente más que la ciudad entera.

Pero bueno, desde aquí arriba no se ve gran cosa. Y no por las montañas, que se ciernen sobre el lugar como si fuesen monstruos olvidados hace tiempo, sino porque nos encontramos en medio de una especie de neblina extraña a la que Philip se refiere como «crepúsculo civil», aunque no son más que las cinco de la tarde. Aun así, veo lo suficiente como para distinguir que la supuesta población que señala está repleta de edificios dispares agrupados de forma aleatoria.

Por fin, me decido a acabar mi frase con un...

—... interesante. Parece interesante.

No es la primera descripción que me ha venido a la cabeza (no, la primera ha sido que parecía que el infierno se había congelado), pero sí la más educada. Philip desciende un poco más y yo me preparo para lo que, con toda probabilidad, será otro terrible incidente en la serie de terribles incidentes que me han

venido aconteciendo a lo largo de las últimas tres horas, cuando me he subido al primero de los tres aviones que he tenido que tomar.

Y, en efecto, apenas he vislumbrado el área que hace las veces de aeropuerto en este pueblo de mil habitantes (gracias, Google), cuando Philip anuncia:

—Agárrate bien, Grace. Es una pista de aterrizaje corta porque aquí cuesta mucho mantener una pista más larga despejada de nieve o hielo aunque sea durante poco tiempo. Va a ser un aterrizaje rápido. —No tengo ni idea de qué significa «aterrizaje rápido», pero no suena bien. De modo que me agarro a la barra que hay en la puerta de la avioneta, que con seguridad existe por este preciso motivo, y me aferro a ella mientras seguimos descendiendo—. Bueno, allá vamos. ¡A ver si hay suerte! —dice Philip, lo cual, por cierto, es una de las cinco peores cosas que puede decir tu piloto mientras sigue en el aire.

El suelo se aproxima, blanco y firme, y cierro los ojos con fuerza.

Segundos después, noto que las ruedas rebotan en él. Philip frena con tanta brusquedad que salgo disparada hacia delante. Si no me golpeo la cabeza con los controles es gracias al cinturón de seguridad. La avioneta rechina. No sé qué parte está emitiendo ese ruido espantoso, o si se trata de un toque de difuntos colectivo, así que decido no centrarme en ello. Sobre todo cuando empezamos a patinar hacia la izquierda.

Me muerdo el labio y mantengo los ojos cerrados con fuerza a pesar de que siento que el corazón se me va a salir del pecho. Si esto es el fin, no necesito verlo llegar.

Ese pensamiento me distrae y hace que me pregunte qué debieron de ver mis padres, y justo en el momento en que decido apartar ese pensamiento de mi mente, Philip consigue que la avioneta se detenga tras una ligera sacudida.

Sé exactamente lo que se siente. Ahora mismo me tiemblan hasta los dedos de los pies.

Despego los párpados despacio resistiendo la necesidad de palparme el cuerpo para comprobar que sigo de una pieza. Pero Philip se echa a reír y se felicita:

—Un aterrizaje de libro.

Puede ser, si ese libro es una novela de terror. O uno que estás leyendo boca abajo y de atrás para adelante.

Pero no digo nada. Fuerzo la mejor de mis sonrisas y recojo la mochila de debajo de los pies. Saco el par de guantes que el tío Finn me envió y me los pongo. Después, abro la puerta de la avioneta y salto, rezando para que las rodillas me sostengan al impactar contra el suelo. Y lo hacen, aunque a duras penas.

Tras concederme unos segundos para asegurarme de que no me voy a desmoronar (y para ceñirme más el abrigo nuevo, porque estamos literalmente a unos trece grados bajo cero), me dirijo a la parte trasera de la avioneta para recoger las tres maletas que son todo lo que queda de mi vida.

Siento una punzada en el estómago al mirarlas, pero no me permito regodearme en todo lo que he tenido que dejar atrás, del mismo modo que no me permito obsesionarme con la idea de que haya unos desconocidos viviendo en la casa en la que me crie. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tienen una casa o el material de arte o una batería cuando he perdido mucho más que eso?

Así que me recompongo, agarro una de las bolsas de la bodega de la minúscula avioneta y la lanzo al suelo. Cuando estoy a punto de alcanzar la segunda, llega Philip y levanta las dos maletas restantes como si estuviesen rellenas de almohadas en lugar de contener todo lo que me queda.

—Anda, Grace. Vámonos antes de que empieces a ponerte azul aquí afuera. —Señala con un gesto un estacionamiento (no

un edificio, no: sólo un estacionamiento) a unos ciento ochenta metros de distancia, y quiero protestar.

Hace tanto frío que ahora estoy temblando por motivos ajenos al aterrizaje. ¿Cómo se puede vivir así? Es surrealista, y más teniendo en cuenta que estábamos a veintiún grados cuando me he levantado esta mañana.

Pero no me queda otra que asentir, y es lo que hago. Agarro mi maleta por el asa y empiezo a arrastrarla hacia un pequeño espacio hormigonado que pasará por un aeropuerto en Healy, pero dista mucho de las bulliciosas terminales del de San Diego.

Philip me adelanta sin dificultad con una maleta grande colgando de cada mano. Me dispongo a decirle que puede extender las asas y arrastrar las maletas usando las ruedas, pero justo en ese momento termina la pista y la nieve cubre el suelo en todas las direcciones. Supongo que por eso las lleva así: es imposible arrastrar una maleta pesada por la nieve.

A pesar del grosor del abrigo y de los guantes forrados de piel sintética, a medio camino del estacionamiento (que afortunadamente sigue libre de nieve), ya estoy casi congelada. No estoy segura de qué se supone que tengo que hacer una vez aquí, ni cómo representa que voy a llegar al internado que dirige mi tío, así que volteo para preguntarle a Philip si en este lugar existe Uber o algo parecido. Pero antes de que me dé tiempo a abrir la boca, alguien sale de detrás de una de las camionetas estacionadas y corre hacia mí. Creo que es mi prima Macy, pero es difícil de decir pues va tapada de los pies a la cabeza con un equipo de protección contra las inclemencias del tiempo.

—¡Ya has llegado! —exclama la masa andante de gorros, bufandas y chamarras.

No me equivocaba: sin duda, se trata de Macy.

—Ya he llegado —confirmo con sequedad.

Me pregunto si aún estaré a tiempo de replantearme lo de la casa de huéspedes. O la emancipación. Cualquier situación posible en San Diego tiene que ser mejor que vivir en un lugar cuyo aeropuerto se compone de una minipista de aterrizaje y un estacionamiento enano. A Heather le va a dar algo cuando le escriba para contárselo.

—¡Por fin! —exclama mi prima, y abre los brazos para abrazarme.

Es algo incómodo, en parte por toda la ropa que lleva, pero también porque, a pesar de tener un año menos que yo, que tengo diecisiete, mide unos veinte centímetros más.

—¡Llevo más de una hora esperándote!

Le doy un abrazo rápido y contesto:

—Lo siento, el avión desde Seattle se ha retrasado. La tormenta ha complicado el despegue.

—Sí, suele pasar —dice con un mohín—. Seguro que el tiempo allí es aún peor que el nuestro.

Quiero replicar. Que haya kilómetros de nieve a la redonda y tener que llevar puesto un equipo protector que ni los astronautas a mí me parece algo bastante horrible. Pero, a pesar de nuestro parentesco, no conozco mucho a Macy, y lo último que quiero es ofenderla. Además, aparte del tío Finn y, ahora, Philip, ella es la única persona que conozco aquí. Y también la única familia que me queda.

De ahí que al final me limite a encogerme de hombros. Le debe de parecer una respuesta lo suficientemente buena, porque me sonrío antes de volverse hacia Philip, que sigue cargando mi equipaje.

—Muchísimas gracias por recogerla, tío Philip. Papá dice que te debe una caja grande de cerveza.

—Tranquila, Mace. Tenía que ir a hacer unos recados a Fairbanks de todos modos —responde restándole importancia,

como si subirse a un avión para un viaje de ida y vuelta de un par de miles de kilómetros cada trayecto no fuese gran cosa.

Aunque tal vez aquí, que no hay nada más que montañas y nieve mires a donde mires no lo sea. Después de todo, según Wikipedia, en Healy sólo hay una carretera principal por la que se entra y se sale, y a veces en invierno hasta ésta se cierra.

He pasado el último mes intentando imaginar lo que tiene que ser eso. Cómo tiene que ser vivir así. Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

—Bueno, de todos modos, dice que pasará a verte el viernes con la cerveza para ver el partido. —Voltea hacia mí—. A mi padre le sabe mal no haber podido venir a recogerte, Grace. Ha tenido una emergencia en el instituto y era el único que podía ocuparse de ello. Pero me ha pedido que le avise en cuanto lleguemos.

—No te preocupes —respondo.

¿Qué otra cosa iba a decir? Además, si algo he aprendido desde que mis padres murieron hace un mes es la poca importancia que tienen la mayoría de las cosas.

¿Qué más da quién venga a recogerme mientras llegue al instituto?

¿Qué más da con quién vaya a vivir si no es con mamá y papá?

Philip nos acompaña hasta el espacio del estacionamiento despejado de nieve, donde deposita mis maletas. Macy se despide de él con un abrazo rápido. Yo le doy la mano y murmuro:

—Gracias por venir por mí.

—Un placer. Si alguna vez tienes que volar, soy tu hombre.
—Me guiña el ojo y regresa a la pista para ocuparse de su avioneta.

Observamos cómo se aleja durante un par de segundos y, entonces, Macy toma las asas de las dos maletas y empieza a

arrastrarlas por el diminuto estacionamiento. Me indica que haga lo mismo con la que yo llevo y obedezco, aunque una parte de mí sólo desea volver corriendo a la pista con Philip, subirse en esa minúscula avioneta y exigir que la lleven de vuelta a Fairbanks. O, aún mejor, a su hogar en San Diego.

Es una sensación que no hace sino empeorar cuando Macy pregunta:

—¿Quieres hacer pis? El trayecto de aquí al centro es de unos noventa minutos largos.

¿Noventa minutos? Pero si desde arriba parecía que se podía recorrer la población entera en quince, veinte como mucho. Aunque, bueno, desde lo alto no he visto ningún edificio lo bastante grande como para ser un internado para cerca de cuatrocientos adolescentes. Tal vez el instituto no esté ubicado en Healy.

No puedo evitar pensar en las montañas y los ríos que rodean este lugar en todas las direcciones y preguntarme adónde diablos voy a ir a parar antes de que acabe el día. Y dónde exactamente espera Macy que orine aquí afuera.

—No, estoy bien —respondo al cabo de un minuto, aunque tengo un cierto malestar nervioso en el estómago.

Todo el día de hoy ha consistido en llegar hasta aquí, cosa bastante mala ya de por sí. Pero, mientras arrastro las maletas en la semioscuridad, con el aire gélido golpeándome en la cara a cada paso que damos, todo se vuelve superreal superrápido. Sobre todo cuando mi prima atraviesa el estacionamiento entero hasta la motonieve estacionada junto a la acera.

Al principio creo que me está tomando el pelo, pero entonces empieza a cargar mis maletas en el trineo a remolque y me doy cuenta de que esto va muy en serio. Estoy a punto de ir en motonieve, casi de noche, por Alaska, y a treinta grados bajo cero si la aplicación del celular es de fiar.

Sólo falta la Bruja del Oeste amenazándonos con que caeremos en su poder yo y mi perro. Aunque, bueno, eso a estas alturas seguramente resultaría redundante.

Observo cómo Macy asegura mis maletas en el trineo medio horrorizada, medio fascinada. Debería ofrecermé a ayudar, pero no sabría ni por dónde empezar. Lo último que quiero es que las pocas pertenencias que me quedan en el mundo acaben esparcidas por la ladera de una montaña, así que supongo que será mejor que deje las cosas en manos de una experta como ella.

—Ten, necesitarás esto —me dice mi prima mientras abre una bolsa que lleva en su trineo.

Rebusca un momento antes de sacar un par de pantalones para la nieve y una gruesa bufanda de lana. Las dos prendas son de un rosa eléctrico, mi color favorito cuando era pequeña, aunque ahora no me gusta tanto. Aun así, es evidente que Macy lo recordaba de la última vez que nos vimos, y no puedo evitar emocionarme un poco cuando me los tiende.

—Gracias —respondo, y me esfuerzo por esbozar algo parecido a una sonrisa.

Tras algún intento fallido, consigo ponerme los pantalones por encima de la ropa interior térmica y los pantalones de piyama de emojis (los únicos con forro de lana que tengo) que me había puesto siguiendo las instrucciones de mi tío antes de subirme al avión en Seattle. Después observo durante un largo momento cómo lleva Macy envuelta su bufanda multicolor alrededor del cuello y de la cara, y hago lo mismo con la mía.

Es más difícil de lo que parece, sobre todo intentar colocarla lo bastante bien como para que no se me resbale de la nariz en cuanto me muevo.

Pero al final lo consigo y es entonces cuando mi prima me alcanza uno de los cascos colocados sobre el volante de la moto-nieve.

—El casco está aislado, así que, además de protegerte la cabeza en caso de accidente, te mantendrá calentita —me informa—. También lleva una visera para protegerte los ojos del aire frío.

—¿Se me pueden congelar los ojos? —pregunto no poco traumatizada mientras acepto el casco e intento pasar por alto lo que cuesta respirar con la bufanda sobre la nariz.

—Los ojos no se congelan —responde Macy con una risita, como si no pudiera contenerse—, pero la visera evitará que te lloren y hará que estés más cómoda.

—Ah, de acuerdo. —Agacho la cabeza al sentir el rubor en las mejillas—. Soy una idiota.

—No, qué va. —Macy me rodea los hombros con un brazo y me estrecha con fuerza—. Alaska es mucha Alaska. Todo el que llega aquí tiene que pasar por un proceso de aprendizaje. Pronto te familiarizarás con todo.

Yo no me haría demasiadas ilusiones. Me cuesta imaginar que este lugar frío y extraño me pueda resultar familiar en algún momento, pero no digo nada. Macy se ha esforzado mucho por hacer que me sienta bienvenida.

—Siento que hayas tenido que venir aquí, Grace —continúa un segundo después—. A ver, a mí me encanta que estés aquí. Es sólo que ojalá no fuera por...

Deja la frase sin terminar, pero a estas alturas ya me he acostumbrado a eso. Llevo semanas viendo a mis amigos y profesores andar con pies de plomo conmigo, y he asimilado que nadie quiere pronunciar esas palabras. No obstante, estoy demasiado cansada como para rellenar los huecos, así que cuelo la cabeza en el casco y lo aseguro como me ha enseñado mi prima.

—¿Lista? —pregunta una vez que tengo la cara y la cabeza lo más protegidas posible.

La respuesta no ha cambiado desde que Philip me formuló esa misma pregunta en Fairbanks. «No estoy lista en absoluto.»

—Sí, claro.

Espero a que ella se monte sobre la motonieve para colocarme detrás.

—¡Agárrate a mi cintura! —grita mientras arranca.

Segundos después avanzamos a gran velocidad por la oscuridad que se extiende infinitamente ante nosotras.

No he tenido tanto miedo en toda mi vida.